

LOS TEMPLARIOS

"Leí, comprendí, rechacé"

JULIANO - Emperador Romano

Hay dos elementos necesarios para leer: el corazón y la mente. Esta dualidad es la que permite que hombres de ciencia y prominentes académicos guarden profunda fe en Cristo, y la religión cristiana, y a su vez diserten sobre la teoría de la evolución del hombre, o expliquen fósiles de dinosaurios de 100 millones de años. El corazón no requiere una verdad documentada para creer, como es el caso de la fe religiosa, y la mente humana ha demostrado ser flexible ante hechos virtuales. Por ejemplo, nadie ha visto un sencillo átomo al natural pero se acepta hay electrones girando alrededor de una masa de protones y neutrones, tampoco nadie ha ido tan lejos como diez mil años luz y visto nuestra galaxia Vía Láctea desde lejos, pero nadie opone la certidumbre que es espiral de nueve brazos y nuestro sistema solar se haya localizado en el brazo de Orión.

El medioevo encontró a la floreciente religión cristiana con mucha disidencia tocante a la divinidad de Jesús. Los Cátaros (del griego khatarus, "puro, perfecto") desconocieron a Jesús como tal, fueron declarados "herejes" y exterminados. Ciudades cátaras enteras en Europa central fueron arrasadas y para el siglo XIV los cátaros habían desaparecido de Europa. Seguían la doctrina de los Maniqueos de la teología dual: en el universo habían dos poderes, el bien y el mal. El Maniqueísmo era más antiguo, floreciendo por los años 200-300 de nuestra era. Su nombre venía de su fundador:

el sabio persa Mani, y para entonces tenía más membresía que los cristianos. Uno de los más renombrados Padres fundadores del cristianismo, San Agustín, era maniqueo convertido al cristianismo.

La existencia y divinidad de Jesucristo y la fe cristiana ha sido un gran reto de la Historia por dos mil años. No hay muchos documentos históricos que expliquen muchos enigmas que su llegada al mundo ha provocado. Todo esto ha inducido a teorías, suposiciones, imaginaciones sin penetrar el velo del hecho histórico.

Existen muchos antiguos evangelios en varios museos del mundo, pero ninguno es original, como el Codex Sinaiticus (Museo de Londres), Codex Vaticanus (Museo del Vaticano), Codex Alexandrinus (Londres), etc,... Todos manuscritos que datan de 300 años después de la muerte de Cristo, pero ninguno antes del año 300. ¿Porqué? ¿Qué pasó con los originales de Mateo, Lucas, etc...? Cuando el emperador romano Flavio Valerio Constantino se hizo cristiano en 313 d. de C., mandó recoger en su imperio todos los escritos sobre Jesús y trajo monjes copistas para "organizar" los evangelios y destruir los originales; y organizó en ese fin el Concilio de Nicea en 325... por supuesto, algunos manuscritos se escaparon de la gran purga, como los famosos Evangelios Apócrifos. Pero esta es la razón del porqué sólo hay escritos que datan a partir del año 300 d. de C., ¡y ningún original...! y por eso las excesivas interpolaciones y deleciones en el Nuevo Testamento son tan evidentes.

Las cruzadas (nombre viene de cruz) comenzaron a petición del papa en el año 1095 para liberar Jerusalén

de los "infielos" musulmanes. Logrado el objetivo era necesario salvaguardar los templos y así nació la orden de los Caballeros del Temple conocidos como los Templarios. Debido al fácil acceso que estos poseían a lugares sagrados y a la gente de la región debieron haber descubierto información sobre Jesús y el cristianismo nunca antes conocida... y de aquí parten muchas teorías, suposiciones e imaginaciones que no dan una concreta respuesta al porqué de la ejecución de los líderes templarios, su prohibición y su final desaparición casi 300 años después de su fundación.

El esoterismo ha tratado de contestar las interrogantes sobre los Templarios y provee, en su intento, valiosos hechos históricos difíciles de ignorar, pero fácilmente desechados como "mitos profanos" por la reinante religión cristiana del mundo occidental en nuestro siglo XXI, que sin prisa pero sin pausa, está cada año, en su retroceso, traspasando la línea divisora entre la fe religiosa y el fanatismo religioso, alzando el espectro que la venidera lucha por el dominio del mundo será una guerra religiosa.

Yo traigo este extracto del libro "Jesús, O el Secreto Mortal de Los Templarios", por el escritor esotérico francés Robert Ambelain, escrito en 1970.

Fecha: 21 de octubre de 1307. Una ventana ojival, estrecha y alta, apenas permite la entrada de la luz del día. Nos hallamos en una amplia sala abovedada del viejo Louvre de Felipe Augusto, que el humo de las antorchas murales oscurece todavía un poco más.

Tras una mesa de tosca madera, unos hombres, vestidos con pesados ropajes, con los rostros tensos y crispados por el odio, los "legistas" de Felipe IV el Hermoso, escuchan la voz baja y triste que se eleva desde un bulto de ropas mugrientas y manchadas de sangre, desplomado delante de ellos. Detrás, unos carceleros revestidos de cuero y mallas, con rostro impasible, curtido por las campañas. El hombre que habla es un templario. Se llama Godofredo de Charnay, y fue comendador de Normandía. Hoy, después de haber sido "trabajado" duramente durante varios días por los verdugos del Palacio, cuenta las circunstancias de su admisión en la Orden del Temple, y toda su juventud, apasionada por las hazañas guerreras a caballo y por las carreras marítimas bajo el espléndido sol mediterráneo, acude ahora a su memoria.. .

Sin duda, y a pesar del atroz sufrimiento que le causan sus piernas, que los verdugos han ido untando lentamente, durante horas, con aceite hirviendo, ha negado tenazmente su homosexualidad, una de las primeras acusaciones que se le hacían. Sin duda ha afirmado que ignoraba todo cuanto se le decía sobre la supuesta adoración ritual de un gato negro, o sobre una misteriosa "cabeza" en un relicario de plata. Pero en cuanto a renegar de la divinidad de Jesús, ha confesado, es más, incluso ha proporcionado detalles:

"Después de haberme recibido e impuesto el manto, me trajeron una cruz en la que había una imagen de Jesucristo. El hermano Amaury me dijo que no creyera en aquel cuya imagen estaba representada allí, ya que era un falso profeta, no era Dios..."

El comendador que imponía semejante abjuración al joven Godofredo de Charnay, futuro comendador de Normandía, se llamaba Amaury de la Roche, y era el amigo y favorito de san Luis...

Esta confesión de Godofredo de Charnay confirmaba la de otro caballero templario. A este otro, el comendador que acababa de proceder a su recepción le había asegurado, al verle retroceder horrorizado:

"No temas nada, hijo. Éste no es el Señor, no es Dios, es un falso profeta..."

Muchas otras confesiones parecidas completaron el expediente.

En una de las obras más completas que se hayan consagrado a este proceso, M. Lavocat resume las preguntas formuladas a los templarios por los inquisidores, tal como aparecen en el propio expediente:

"Uno se encontraba frente a conclusiones de inculpación y de información ya establecidas (sistema demasiado cómodo), elaboradas por unos juristas versados en la ciencia de las herejías infligidas a la Iglesia. Los preladados instructores estaban encargados de investigar si los Templarios eran gnósticos y docetas, o, lo que era peor, maniqueos, de los que dividían a Cristo en un Cristo superior y un Cristo inferior, terrestre, pasible, partidista, vivo y cautivo en la Materia, cuya Organización él constituía. ¿Formarían parte de aquellas antiguas sectas llamadas libertinas de los gnósticos carpocratianos, nicolaístas y maniqueos?"

"¿Habrían abrazado la religión de Mahoma (como pretendía la Chronique de Saint-Denys)? Quedaba todavía un punto por examinar, pero difícil de conciliar con los otros. ¿Los hermanos del Templo consideraban a Jesús como un falso profeta, como un criminal de derecho común, que habría sido condenado y ejecutado por sus crímenes? De confirmarse esta última hipótesis, los Templarios se habrían sumado al número de los asesinos de Jesús, a quien crucificaban por segunda vez, como lo había escrito Felipe el Hermoso." (Op. cit.)

En estas últimas preguntas, los inquisidores demostraban estar perfectamente informados. Cien años antes, los interrogatorios a los "perfectos" cátaros les habían revelado un secreto que siempre, hasta entonces, habían ignorado, puesto que era secreto de la Iglesia, únicamente conocido por sus más altos dignatarios: la revelación del verdadero rostro de Jesús en la Historia. Ese rostro había sido registrado en los archivos del Imperio romano. Y después de Constantino los habían expurgado. El judaísmo lo había conocido, y en la tormenta de las persecuciones que se habían abatido desde hacía mil trescientos años sobre los infortunados judíos se había conseguido confiscar, destruir o modificar los escritos comprometedores. Lo habían conocido los cátaros, y se había destruido esta herejía, así como sus documentos manuscritos. Lo habían revelado a los Templarios. Y ahora de lo que se trataba era de destruir a éstos. Ahí estaban las confesiones, formales, de numerosos hermanos de la Orden que lo sabían... ¿Y esos besos impúdicos que se daban, uno entre los dos hombros, y el otro en el hueco de los riñones, no estaban acaso

destinados a atraer la atención hacia uno de los secretos del Zohar, hacia un procedimiento de acción que los cabalistas judíos denominan "el misterio de la Balanza", que pone en acción a Hochmah (la Sabiduría) y a Binah (la Inteligencia), los dos "hombros" del Antiguo Día en el mundo de Yesod (la "Base" de sus riñones)?

Así pues, en una época en que los documentos de archivo no permiten situar con exactitud, pero que creemos que se aproximaría a la segunda mitad del siglo XIII, la Orden del Temple, primitivamente conocida como la "Milicia de los Pobres Soldados de Cristo y del Templo de Salomón", sufrió una importante y grave mutilación espiritual en numerosas encomiendas de la Orden.

A raíz, sin duda, del descubrimiento de unos manuscritos efectuados por ellos en pueblos de Tierra Santa, o por medio de misteriosas conversaciones mantenidas con sabios árabes, con cabalistas judíos, o con "perfectos" cátares, unos maestros secretos, aparecidos un buen día de forma harto misteriosa, demostraron que el verdadero rostro del Jesús de la historia había resultado ser muy diferente al de la leyenda.

Gracias a un hecho trivial, poseemos la prueba de la existencia de esos maestros secretos, que suplantaban a los maestros oficiales. ¿Quién había ordenado a Jacques de Molay, gran maestro oficial, que no sabía ni leer ni escribir, recoger todos los archivos de la Orden, y especialmente las "reglas" de las encomiendas, poco antes de la redada general organizada por Felipe el Hermoso?

¿Quién es ese "maestre Roncelin", en realidad llamado Roncelin de Fos, a quien algunos templarios atribuyeron la introducción de aquella terrible práctica de renuncia a Jesús? En la lista de los maestros de la Orden del Temple no figura. O, al menos, en la lista de los maestros oficiales...

Es, pues, probable que ciertos altos dignatarios de la Orden, menos ignorantes que la gran mayoría de los demás, hubieran tenido conocimiento de documentos ignorados en Europa referentes a los verdaderos orígenes del cristianismo, documentos que la Iglesia se apresuró a hacer desaparecer de inmediato. Fue por ello por lo que poco a poco, a semejanza de Federico de Hohenstaufen, emperador de Alemania y rey de las Dos Sicilias, y el soberano más letrado de su época, la Orden del Temple fue rechazando el dogma de la divinidad de Jesús y volvió al Dios único, común al judaísmo y al Islam.

Y fue así cómo, en el propio seno de la Orden oficial, se constituyó una verdadera sociedad secreta interior, con sus jefes ocultos, sus enseñanzas esotéricas, y sus objetivos confidenciales, y todo ello de forma bastante fácil, ya que en el año 1193 la Orden no tenía más que 900 caballeros.

A partir de entonces, en las ceremonias capitulares de recepción, aquellos que, como ingenuos neófitos, rehusaron despreciar la Cruz, creyendo que se trataba de una sencilla prueba sobre la solidez de su fe, fueron enviados a los campos de batalla de ultramar, para mantener allí el buen nombre de la Orden y cubrirse de gloria.

En cambio, aquellos otros que, sin decir palabra, perinde ad cadaver, dóciles ante la orden de los comendadores, aceptaron pisar una cruz de madera o la de un viejo manto de la orden tendido en el suelo, esos permanecieron en Europa, como reserva para los misteriosos y lejanos objetivos del poder templario. Y, efectivamente, en aquella época no podía haber prueba más definitiva que esa.

Se trataba de hacer del mundo entero una "tierra santa". Pero, para ello, primero había que apoderarse del mundo. Y eso, a una minoría valiente, organizada y rica, muy vagamente consciente de la grandiosa finalidad de sus hazañas, pero sabiamente dirigida por un grupo de iniciados, y que supiera guardar el secreto y obedecer ciegamente, le era perfectamente posible.

Pero llegó un día en que la cosa salió a la luz y en que los tráfugas, orgullosos decepcionados o amargados, hablaron.

El rey de Francia olfateó la ganancia, y supo hacer cómplice al papa, quien ya era su deudor desde el acuerdo nocturno del bosque de Saint-Jean-d'Angély. El tesoro real y el dogma romano tenían el jaque mate en sus manos.

Entonces los siervos de la justicia engrasaron la madera de los potros, y los verdugos pusieron al rojo candente sus tenazas ardientes. Y cuando se hubieron apoderado de todo el dinero del Temple y hubieron confiscado los feudos y las encomiendas, se encendieron las piras.

Su humo negro, graso y maloliente, que entenebrecía albas y crepúsculos, desterró, durante seiscientos años, la esperanza de una unidad europea y de una religión universal que uniera a todos los hombres. Pero ese humo, ante todo, iba a ahogar la verdad sobre la mayor impostura de la Historia.

Por eso, para apartar su sombra maléfica, es por lo que han sido escritas estas páginas, aunque después de muchas otras, ya que, mucho antes de los Templarios, los cátaros habían conocido y propagado esta verdad.

Y fue para tapar sus voces por lo que hicieron aniquilar la civilización occitana, como vamos a demostrar a continuación.

LOS CÁTAROS

Roncelin de Fos, el "maestre Roncelin" de los interrogatorios, poseía como señorío un pequeño puerto que llevaba su nombre (Fos-sur-Mer), situado todavía en nuestros días en la entrada occidental del estanque de Berre. Era entonces vasallo de los reyes de Mallorca, los cuales dependían de los reyes de Aragón, defensores de la herejía cátara en la batalla de Muret, en el año 1213. Béziers, la ciudad mártir de la Cruzada, está muy cerca, y la matanza efectuada sobre toda su población (100,000 personas) por los cruzados de Simón de Morittort, el 22 de julio de 1209, católicos y cataros incluidos, todavía no se había olvidado en su época. En su corazón anidó el odio contra la Iglesia católica, que era entonces sinónimo

de cristianismo, de modo que para él ambos estaban englobados dentro de una aversión común.

Los atestados de los interrogatorios que los inquisidores nos han legado son bastante moderados en lo que respecta a las apreciaciones achacadas a los herejes cátaros sobre Jesús de Nazaret.

Podemos juzgarlo nosotros mismos; a continuación veremos qué hay que deducir de todo ello.

El "Manual del Inquisidor" del dominico Bernard Gui (1261-133 l), titulado Practica, nos proporciona a este respecto preciosos detalles: "La Cruz de Cristo no debe ser ni adorada ni venerada, ya que nadie adora o venera el patíbulo en el que su padre, un familiar o un amigo ha sido ahorcado." (Op. cit.)

("Item, dicunt quod crux Christi non est adoranda nec veneranda, quia, ut dicunt, nullus adorat aut veneratur patibulum in quo pater aut aliquis propinquus vel amicus fuisset suspensus...")

"Item, niegan la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo en el seno de María siempre virgen y sostienen que no adoptó un verdadero cuerpo humano, ni una verdadera carne humana como la tienen los otros hombres en virtud de la naturaleza humana, que no sufrió ni murió en la cruz, que no resucitó de entre los muertos, que no subió al cielo con un cuerpo y una carne humanos, ¡sino que todo ello sucedió de modo figurado! ..." (Op. cit.)

Es fácil comprender semejante prudencia en la transcripción de las respuestas: el hecho de mantener y relatar la verdadera opinión de los "perfectos" sobre Jesús de Nazaret habría significado destruir la labor depurativa de los Padres de la Iglesia y la de los monjes copistas. Ello explica el que haya llegado a nuestras manos tan pocos atestados completos del interrogatorio de los "perfectos" cátaros. En lo que respecta a los de los simples "creyentes", que ignoraban la doctrina total, éstos tenían menor importancia. Pero la verdad es muy distinta.

En la época en que se desarrolla el inicio de la Cruzada los nobles tolosanos, los vasallos de los condes de Foix y de los Trencavel, los vizcondes de Béziers, si no han recibido ya el "consolamentum" de los "perfectos" cátaros, todos ellos son, en su mayoría, "creyentes". ¿Hay que incluir ya entre ellos a los templarios de dichas regiones, teniendo en cuenta su extraña actitud en el curso de la Cruzada? Este punto todavía no está bien elucidado.

Sea lo que fuere, los vasallos de los condes de Foix y de los vizcondes de Béziers albergan, todos, a los "perfectos", amparan sus reuniones, y a veces reciben el "consolamentum" en su lecho de muerte. Las mujeres, más valerosas y más ardientes, no esperan ya a su última hora para ponerse la famosa túnica negra de las "perfectas": los textos de los interrogatorios de la Inquisición son explícitos a este respecto. Y las nobles familias vasallas de los condes de Foix y de los vizcondes de Béziers, los Fanjeaux, los Laurac, los Mirepoix, los Durban, los Saissac, los Châteauverdun, los de Visle-Jourdain, los Castelbon, los Niort, los Durfort, los

Montréal, los Mazerolles, los des Termes, de Minerve, de Pierrepertuse, etc., por no citar sino a las familias principales, cuentan todas con "herejes revestidos" entre sus miembros, y todos los otros son "creyentes" o simpatizantes.

Pero Rairnundo-Roger, conde de Foix, es más encarnizado todavía que su soberano Raimundo VII, conde de Tolosa. Juzguen ustedes mismos.

En primer lugar, vive prácticamente rodeado de herejes. Y, de cara a los privilegiados de la Iglesia católica y sus clérigos, no se siente en modo alguno acomplejado por ello, cosa que horroriza a Pierre des Vaux de Cernay, cronista acérrimamente católico de la Cruzada.

De modo que, al poseer la jurisdicción de Pamiers junto con el abad de Saint-Antonin, hace todo lo necesario para asquear a éste y obligarle a renunciar. Así, por ejemplo, autoriza a dos caballeros de su séquito a instalar a su anciana madre en la abadía. Pero como dicha señora es una "perfecta" bastante conocida, los monjes de Saint-Antonin la echan de allí sin contemplaciones, como una apestada de aquella época. Ante esto, uno de los dos hermanos degüella, sobre el altar, al canónigo que había golpeado a su madre. A continuación, alertado por los dos caballeros, Raimundo Roger acude a Saint-Antonin con sus hombres de armas y sus oficiales, echa al abad y a los canónigos, hace demoler parte de la capilla, el dormitorio y el refectorio, y transforma la abadía en fortaleza.

En el curso del inevitable saqueo de la capilla, los hombres de armas rompen un crucifijo de madera maciza, y utilizan sus astillas como mano de mortero para majar las especias de sus comidas. Otro día, los caballeros del séquito de Raimundo-Roger descuelgan de la cruz a un Jesús de tamaño natural, lo visten con una cota de malla y lo toman como diana en la justa llamada del "estafermo", juego de armas reservado a los hidalgos y caballeros nobles y a cada lance le gritan que "se redima".

Se denomina "estafermo" a un maniquí de madera, montado sobre un eje giratorio asentado sobre una base, que llevaba atado en el brazo izquierdo, extendido, un escudo de torneo, y en el brazo derecho, también extendido, un largo y sólido garrote. Si el justador golpeaba torpemente con su lanza, y al galope, el escudo del maniquí, y no se agachaba a tiempo sobre el cuello del caballo, el maniquí giraba sobre sí mismo bajo el efecto del choque, y asestaba automáticamente un garrotazo en la nuca o en la espina dorsal del torpe caballero.

Sin comentarios. Practicar un orificio e introducir un palo a modo de eje en la base de un Cristo de tamaño natural, para convertirlo luego en un guiñol irrisorio, que servía de diana en un "juego de armas", demuestra el poco caso que los nobles "creyentes" cátaros hacían del Jesús de la Historia. En cuanto a sus apóstrofes de que "se redimiera" el personaje rebajado a la categoría de diana, no podía tratarse de "rescate" alguno, ya que el juego del estafermo no era un torneo. Es fácil comprender el carácter insultante de semejante apóstrofe de cara al personaje histórico así representado.

Por otra parte, cuando los cátaros hablan del "Espíritu Santo", esta expresión designa una entidad del panteón gnóstico, un eón, pero en modo alguno una emanación eterna nacida de las relaciones esenciales entre el "Padre" y el "Hijo".

De esta utilización prudente de la terminología cristiana ordinaria en un lenguaje esotérico y secreto, propio del catarismo, quedaba una prueba perentoria, testimoniada por las actas de los interrogatorios: es el hecho de designar a su propia Iglesia, la constituida única e interiormente por los "perfectos", bajo el nombre de "Virgen María". ¿Quién iba a suponer, al oír por casualidad esta expresión, que ella designaba, en realidad, el bastión interior de la herejía? Veamos unos textos definitivos al respecto:

"Niegan, asimismo, que la bienaventurada Virgen María haya sido la verdadera madre de Nuestro Señor Jesucristo, y que fuera una mujer de carne y hueso. La Virgen María, dicen, es su secta y su orden, es decir, la verdadera penitencia casta y virginal, que engendra a los hijos de Dios, en cuanto éstos son iniciados en dicha secta y dicha orden." (Op. citada)

De esta afirmación en cuanto al engendramiento de los "hijos de Dios" por esa "Virgen María", puramente convencional, se desprende la conclusión de que todos aquellos a quienes la Iglesia cátara engendra bajo dicho nombre se tornan ipso facto en idénticos y semejantes a Jesucristo. A partir de ese momento, la noción cristiana

de un único redentor queda aniquilada por esa multiplicación ilimitada.

Esta conclusión conduce a otra, a saber, que el Evangelio de san Juan, el único utilizado por los cátaros desde el versículo uno hasta el diecisiete, no es sino una engañifa, ya que su enseñanza oral niega, como acabamos de ver, la unicidad del Verbo Encarnado, afirmado por dicho evangelio.

Charles Guiguebert ha demostrado que las sectas esotéricas judías de antes de nuestra era invocaban a una entidad llamada Ieshuah (Jesús en hebreo). Todavía no se trataba, para ellos, del Jesús de la Historia, evidentemente. Pues bien, Jesucristo quiere decir, literalmente, "Salvador Sagrado" (del hebreo Ieshuah y del griego Khristos).

Por otra parte, todo cátaro que recibiera el "consolamentum" debía pronunciar antes, en voz alta, la fórmula de la abrenuntiatio, mediante la cual renegaba solemnemente del bautismo de agua recibido a su nacimiento, declaraba no creer en él y renunciar a él. Así quedaban borradas ante sus ojos la cruz que había marcado su frente y las unciones que le habían seguido.

Sin duda se trataba de un bautismo de agua recibido en el seno de la Iglesia católica, pero no recibía ningún otro en sustitución de aquél.

Partiendo de todas estas constataciones, nos parece muy difícil seguir sosteniendo que el catarismo no era sino una forma primitiva del cristianismo. Más bien al contrario,

se trataba en realidad de una religión de forma absolutamente maniquea, que no disimulaba su rechazo del Jesús clásico de la Historia y su incredulidad total en cuanto a su Encarnación, su Pasión, su Resurrección y su Ascensión se refiere. ¿Qué quedaba entonces del cristianismo? Nada, evidentemente.

Este fue el camino que siguieron, a su vez, los Templarios; menos de setenta años separan la hoguera de Montségur de la de La Cité, y fue el mismo guantelete de hierro el que amordazó la Verdad. Porque: "Las armas han sido, en todo tiempo, los instrumentos de la barbarie. Han asegurado el triunfo de la materia, y de la más pesada, sobre el espíritu. Remueven, en el fondo de los corazones, el lodo de los peores instintos".

Estamos en el 11 de marzo de 1314, y es lunes. (El 11 de marzo en el calendario juliano. Los historiadores difieren a la hora de fijar la fecha. Maillard de Champbure, que es a quien nosotros seguimos, estableció que el 11 de marzo de 1314 era la fecha exacta. Sin duda, el hecho de que aún no se hubiera inventado la imprenta, la escasez de calendarios privados, el inicio del año en Pascua por aquellos tiempos, que era fiesta móvil, hacía muy fluctuante la cronología de la época. Pero dado que sabemos de fuente cierta que Molay y su compañero murieron un lunes, víspera de san Gregorio, es fácil verificar y constatar en un "calendario perpetuo" y un santoral que únicamente el lunes 11 de marzo de 1314 responde a esas exigencias). Hace ya muchos meses que en Francia se han ido encendiendo las hogueras por todas partes. Bien mediante torturas, presiones psicológicas, mazmorras y cadenas o bien por la amenaza del fuego

eterno, lo cierto es que los inquisidores han obtenido 207 confesiones formales. Ahora no queda ya por decidir sino la suerte del gran maestro y de los principales oficiales mayores.

La mañana de ese día, en París, Jacques de Molay, gran maestro del Temple, Godofredo de Gonaville, comendador de Poitou y de Aquitania, Godofredo de Charnay, comendador de Normandía, y Hugo de Payrando, gran visitador de la Orden, son sacados de sus calabozos de la fortaleza del Temple y conducidos a la Cité. Allí, la comisión cardenalicia, compuesta por Arnaldo de Farges, sobrino de Clemente V, Arnaldo Novelli, monje de Ctteaux, convictorista de Francia, Nicolás de Fréauville, hermano predicador, antaño confesor y consejero del rey, Felipe de Marigny, familiar suyo, arzobispo de Sens, con algunos otros obispos y decretistas, habían hecho levantar una tarima delante del atrio de Notre-Dame, a fin de dar lectura pública a las confesiones y a la sentencia final.

Hacen subir a ella a los templarios, y se les manda arrodillarse. Uno de los cardenales toma la palabra y empieza la lectura. Cuando pronuncia la sentencia, que condena a Molay y a sus hermanos a cadena perpetua, es decir, a ser "encerrados a perpetuidad", teniendo como único alimento "el pan de dolor y el agua de tribulación", los representantes de Felipe el Hermoso se sobresaltan.

Se había precisado que dicha gracia era consecutiva al hecho de haber "confesado ingenuamente sus faltas". Pero en ese instante, y cuando menos se lo esperaban los jueces, el gran maestro y el comendador de Normandía se

levantaron, y, cortándole la palabra al cardenal, y dirigiéndose tanto a la comisión inquisitorial como a la multitud, declararon que todo lo que habían confesado en sus interrogatorios era falso. Sostuvieron que habían admitido dichas confesiones tan sólo por deferencia y confianza hacia el papa y el rey, quienes, a cambio de esas confesiones, les habían prometido la libertad, y protestaron enérgicamente contra la sentencia de los cardenales, principalmente contra el arzobispo de Sens, Felipe de Marigny, y los acusaron a todos de hacer caso omiso de la palabra del papa y del rey.

Es fácil comprender los motivos del cambio de opinión de Molay y de Charnay. Las confesiones no les costaban nada, en cambio la libertad lo era todo. La libertad representaba, primero, la reanudación, luego la prosecución, y, quién sabe, quizás la realización de la gran empresa templaria. Y ahora, no quedaba nada de la libertad. Y en su lugar había algo mucho peor que la muerte: la lente descomposición, física y moral, en una mazmorra, encadenado a un muro a veces chorreante, solo, en semioscuridad, y en medio de un silencio más pesado que el de una tumba. Y sólo quedaba una esperanza: una muerte liberadora, precipitada por la desnutrición y la disentería crónica. Para ese anciano que era Molay (contaba ochenta y un años), que no esperaba ya nada de la vida, lo mismo que para Charnay, que se le acercaba mucho en edad, la elección estaba hecha. La mazmorra podía durar años. En cambio, los ejemplos y la costumbre demostraban que el hecho de desmentir las confesiones y retractarse acarrearía ipso facto la muerte en la hoguera. Dolorosa, cierto, pero breve a pesar de todo, y, a fin de cuentas, mucho menos terrible que irse

podriendo lentamente en el secreto de un calabozo tenebroso, cuando fuera la vida se exalta llena de luz para tantos otros seres.

Para Molay y para Charnay la decisión está ya tomada. Sus miradas se han cruzado cuando ha sido pronunciada la frase fatídica, y se han comprendido. Y es la voz del gran maestro la que se eleva: "Monseñores, mi hermano y yo protestamos contra el uso que se hace aquí de mis palabras de ayer, las cuales no tuvieron otro objeto que el de dar satisfacción al rey de Francia y al papa, nuestro señor. Y si por esas cosas, reconocidas por todos nosotros para su placer y nuestra obediencia, debemos ir a consumirnos en alguna prisión, entonces declaramos enérgicamente que los citados rey y papa nos habían asegurado de antemano, y casi jurado, que ningún daño, fraude o violencia nos resultaría de ello. Siendo así que esto no se ha cumplido, declaramos entonces que nuestras confesiones, obtenidas tanto por tortura como por astucia y engaño, son nulas y no válidas, y no las reconocemos ya como verídicas..."

Reina el estupor. De inmediato los cardenales entregan de nuevo a los prisioneros al preboste de París, que está allí presente para representarlos al día siguiente. Se conduce, por lo tanto, de nuevo a los cuatro condenados a sus calabozos del Temple. Al mismo tiempo se lleva la noticia a Felipe el Hermoso, quien inmediatamente reúne a su consejo, sin llamar a él a ningún eclesiástico. Deciden que, al atardecer, el gran maestro y el comendador de Normandía serán quemados en la isla del Palacio, entre el jardín del rey y los Agustinos. Lívido de furor, el rey

precisa que serán quemados "a fuego lento". Quizás ha adivinado la razón de su retractación.

Inmediatamente, a la isla de los Judíos, llamada así porque allí habían quemado ya a varios rabinos y talmudistas testarudos, que se obstinaban en negar la divinidad de Jesús, llevan y amontonan la leña necesaria para hacer dos piras idénticas. Las cantidades que se quemarán serán relativamente mínimas, a fin de hacer durar el suplicio, conforme a "los deseos del rey, nuestro señor".

Se clavan en tierra dos sólidas vigas de encina. Estos maderos han sido sacados de las empalizadas de amarre sumergidas en el agua del río. Al estar embebidos de agua desde hace muchos meses, no se corría el riesgo de que se encendieran, y los condenados, estrechamente sujetos a ellas por cadenas, no podrán desatarse en el curso de la combustión.

A las nonas, todo está a punto. Las campanas de Notre-Dame tocan lentamente a muerto.

A la hora de las vísperas, el cielo, ya gris, se ensombrece todavía más; unas nubes cargadas de lluvia pasan rápidamente sobre la ciudad, empujadas por un viento frío que viene de Normandía. Las orillas del Sena están repletas de gente. Un rumor ininterrumpido, como el zumbido de un monstruoso insecto, se eleva hasta los centinelas que vigilan de pie en las atalayas del viejo Louvre.

De pronto el rumor se acrecienta; bordeando la orilla izquierda de la isla de La Cité, acaba de aparecer un cortejo. El gran preboste, precedido por sargentos a caballo, viene seguido por un fuerte destacamento de hombres armados a pie, que rodean una carreta de heno tirada por un caballo. Apenas se distinguen vagamente las siluetas de dos hombres, tendidos y atados en el suelo de la carreta. Detrás de los últimos arqueros, y cerrando la marcha, hay un último destacamento de sargentos a caballo.

Bajan a los condenados y los trasladan en barca al islote, donde les espera ya el verdugo y sus ayudantes. Éstos atan fuertemente a Molay y a Charnay con largas cadenas a cada una de las vigas, y a su alrededor amontonan los leños, hasta la altura de las rodillas. Después de haber echado una última mirada hacia la ventana donde sabe que Felipe está mirando, el gran preboste se gira y hace una señal al verdugo; al mismo tiempo, un trompeta a caballo, a su lado, toca "fuego". Tanto en la isla como en las orillas del río, todos han comprendido, y los ejecutores, antorcha en mano, han prendido fuego a los ángulos de cada una de las piras. Como habían tomado la precaución de untar con aceite algunos de los maderos, el fuego prende rápidamente. Se eleva el humo, y, con él, un olor penetrante se va extendiendo poco a poco, primero sobre la isla, luego sobre el río, hasta llegar a las orillas.

Es entonces cuando, en medio del crepúsculo que ya oscurece insidiosamente La Cité, un clamor se eleva.

En un primer momento se cree que las llamas que brotan de los vestidos encendidos de los dos suplicados son la

causa; pero no, no son gritos de dolor lo que sale de las hogueras. ¡Es la voz del héroe de San Juan de Acre, la voz que, erigiéndose en estandarte de batalla, veintitrés años antes, el atardecer del 5 de abril de 1291, arrastraba a la carga templaria en el estruendo de los cascos de sus corceles! Y, trescientos contra diez mil, el escuadrón blanco y negro, con el gonfalon "plata y sable" en cabeza, arrollaba las líneas egipcias...

Pero en este momento no es ya sino la voz de un hombre que va a morir, la voz de Jacques de Molay, último gran maestro de los templarios.

Instantáneamente, el rumor popular ha enmudecido. El pueblo contiene la respiración, porque lo que clama esa voz es algo terrible, inesperado, imprevisible para esas almas sencillas, doblegadas por el temor al báculo y al cetro. Y el verbo sacrílego acaba de percutir contra las murallas del Palacio, abofeteando mejor a ese Capeto rencoroso, agazapado en la tronera de aquella estrecha ventana como no podría estarlo en un guantelete de justa. Y la voz truena:

"Clemente, y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios!... A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año..."

Reina un silencio de muerte, no se oye sino el crepitar de las hogueras.

Y así será. El papa morirá de disentería y de vómitos en Roquemaure, en el valle del Ródano, el 9 de abril de

1314, veintiocho días más tarde. Y Felipe el Hermoso morirá el 29 de noviembre de 1314 en Fontainebleau, arrojado de su caballo, como sucede en la degradación de los caballeros traidores, ocho meses más tarde. El verbo y la llama dieron a conocer de qué lado estaba la razón.

Pero el fuego ahora ha ganado altura; las ropas andrajosas se han encendido, y dos siluetas se retuercen bajo las llamas. Los gritos y gemidos son demasiado sordos para llegar hasta la multitud, muda en su silencio horrorizado. El fuego ha alcanzado ya las piernas y asciende, lamiendo los torsos ya desnudos; barbas y cabellos han desaparecido. Los cuerpos, irreconocibles, adosados a las vigas con las cadenas al rojo vivo, se convierten poco a poco en informes masas carbonizadas, y de los dos fuegos crepitantes, el humo, ahora negruzco, lleva en oleadas malolientes hasta las dos orillas del Sena el olor de la carne y la grasa quemadas.

Ya tarde, cuando los cuerpos no fueron más que pobres restos lentamente carbonizados, el pueblo "se abalanzó hacia las hogueras", a pesar de algunos guardias que se habían quedado allí, según nos dice el abad Velly en su Historia de Francia, "y recogió ceniza de los mártires para llevársela como una preciosa reliquia. Todos se persignaban y no querían oír nada más. Su muerte fue bella, y tan admirable e inaudita, que todavía hizo más sospechosa la causa de Felipe el Hermoso..."

Los Compañeros, carpinteros y talladores de piedra, especie de tercera orden corporativa protegida por los Caballeros del Templo, que se habían introducido entre la

muchedumbre en grupos de tres o cuatro, oyeron la voz de Molay como una sentencia.

Eso significaba para ellos a la vez una orden para avanzar y una esperanza. Por eso las catedrales de Francia se quedarían como estaban, y sus torres inacabadas. Pero el pensamiento vengativo se abriría camino pacientemente, de siglo en siglo. Por tres veces la descendencia del rey se extinguiría con tres hermanos. Los Capetos con Luis X El Obstinado, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso. Los Valois con Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Los Borbones con Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. La Jacquerie de 1358 preluiría la Revolución jacobina de 1789; los Jacques (Jaimes), conducidos por Jacques Bonhomme, vengarían un día a Jaime (Jacques) de Molay. Y de esa torre del Templo donde fueron "interrogados" los jefes de la Orden, es de donde, una mañana de enero de 1793, partiría el vigésimo segundo sucesor de Felipe el Hermoso hacia su último viaje.

Y así, por un extraño misterio del verbo, el destino, obsesivo y monótono, hizo resonar incesantemente a lo largo de la historia de Francia el nombre del último gran maestre de los Templarios...

La abolición de la Orden fue decidida por el Concilio de Vienne, en el valle del Ródano, en el año 1311. Y exactamente cinco siglos más tarde, en 1811, la fortaleza del Temple, en París, fue arrasada.

¿De qué habría sido ésta testigo? ¿Había caído un nuevo velo sobre el mortal secreto que guardaba desde el 11 de marzo de 1314?

Durante mucho tiempo se contó una leyenda. Decía que cada año, en la noche en que había sido decretada la abolición de la Orden, un espectro vestido con el manto blanco que llevaba la cruz roja grabada, armado con su escudo "plata y sable" y con su lanza, se aparecía a medianoche en la cripta del Templo, en París Y entonces se oía una voz sepulcral que preguntaba:

"-¿Quién quiere liberar Jerusalén?

"-Nadie -respondía el eco a través de las columnas de la cripta-. Porque el Templo ha sido destruido..."